

marck y lord Loftus, de la cual recibió Gramont noticia por vía indirecta. Según esta conversación el canciller de la confederación no consideraba terminada todavía la contienda (1), pues que tenía noticia de que el gobierno francés pensaba presentar nuevas reclamaciones, lo cual demostraría claramente que la sucesión española no era más que un pretexto y que en realidad se quería tomar venganza de Sadowa. Según Bismarck, la Alemania no tenía motivo para temer la guerra; la opinión pública pedía disposiciones decisivas para defender el honor nacional, y si la Francia no declaraba explícitamente a las potencias europeas que consideraba la contienda definitivamente zanjada absteniéndose de otras reclamaciones, y si Gramont además no desistía de su lenguaje amenazador (del día 6) ó no daba explicaciones suficientes, el gobierno prusiano se vería obligado á pedir estas explicaciones.

Es decir, que el canciller invirtió los papeles, como tantas otras veces lo había hecho en su carrera política, y pasó de la defensiva á la ofensiva. Siendo esto así, el gobierno francés no solamente tuvo que renunciar á toda esperanza de obtener ninguna nueva concesión, sino que se vió expuesto al peligro de que la Prusia, quizás apoyada por otras potencias, le pidiera una explicación que el pueblo francés sentiría como una humillación. Por esto se comprende fácilmente que la comunicación en que se daba cuenta de esta situación había de ejercer una influencia decisiva en el consejo de ministros y que había de acabar decididamente con las ideas del congreso. Verdad es que no consta expresamente que Gramont recibiera y leyera en aquella sesión este mismo despacho, pues que solo dice que lo había recibido aquella noche; pero como ningún otro despacho pudo producir el cambio que se efectuó en el consejo de ministros, la suposición de Sorel, Martin y otros autores de que solo podía tratarse en aquel consejo de ministros de la relación de lord Loftus, resulta en alto grado probable (2). Por supuesto que no pudo publicarse este motivo, por cuya razón Gramont y otros ministros, como Leboeuf y Parieu, extendieron sobre esto un velo y no se dieron á la publicidad sino las relaciones de Berna y de Munich relativas á la comunicación oficial del despacho de Ems y á la consiguiente ofensa hecha á la Francia, para justificar las decisiones guerreras. El consejo de ministros se separó después de haber confirmado el llamamiento de las reservas y decidido á presentar á las cámaras una nueva declaración.

En la mañana del día 15 llegó Benedetti á París y tomó parte en una nueva sesión del consejo de ministros que se celebró antes de la sesión de la cámara. A pesar de haber declarado después explícitamente que en Ems no hubo ni ofendido ni ofensor, parece no haberse opuesto á que se interpretara como una ofensa la comunicación del despacho de Ems. No se trató en este consejo de modificar las resoluciones tomadas en la noche anterior. El emperador firmó los decretos y proyectos de ley que eran necesarios para realizar la movilización. El gobierno pidió á la cámara un crédito de cincuenta millones para el ejército y diez y seis para la armada, y además se hizo autorizar para poner la guardia móvil en servicio activo y para enganchar voluntarios durante la guerra. Con estos proyectos fueron Ollivier y la mayor parte de los ministros al cuerpo legislativo, y Gramont, Leboeuf y Rigault de Genouilly al senado.

La declaración que leyeron Gramont y Ollivier estaba enlazada con la aprobación que había encontrado en la cámara la comunicación de Gramont del 6 de julio y decía que, apoyado

(1) Gramont, pág. 223.

(2) Sorel: *Histoire diplomatique de la guerre franco-allemande*, tomo I, págs. 176 y siguientes; E. Martin, tomo VII, pág. 65.

en esta aprobación, el gobierno se había dirigido á las potencias extranjeras para solicitar sus buenos servicios y á la Prusia para que reconociera la justicia de las quejas de la Francia. Dijeron, además, que el gobierno no se había dirigido á España por no ofenderla y que tampoco se había dirigido al príncipe de Hohenzollern porque de éste respondía el rey de Prusia. La mayor parte de las potencias extranjeras habían reconocido más ó menos calurosamente la justicia de la reclamación francesa; pero el ministerio de Prusia se había negado á entrar en discusión diciendo que nada tenía que ver en este asunto. Entonces el gobierno francés se había visto obligado á dirigirse al mismo rey de Prusia y á enviar á este fin al embajador francés á Ems. El rey manifestaba que él había autorizado al príncipe á admitir la candidatura; pero diciendo que no había tomado ninguna parte en las negociaciones con el gobierno español, habiendo procedido únicamente con el carácter de jefe de la casa de Hohenzollern, por cuya razón no había consultado á su ministerio y solo había enterado de lo sucedido á Bismarck (3). Esta contestación, decían los ministros, no había podido satisfacer al gobierno, el cual no podía reconocer la sutil distinción entre la calidad de soberano y la de jefe de familia, y había pedido que el rey aconsejara al príncipe la renuncia y que en caso necesario le obligara á hacerla. El 12 de julio el embajador español había anunciado inesperadamente la renuncia del príncipe, y en su consecuencia, el gobierno había suplicado al rey de Prusia que declarara que no autorizaría al príncipe de nuevo á aceptar la candidatura, lo cual era posible en un país que acababa de salir de una revolución. Para probar que se había hecho esta petición en los términos más delicados, se comunicó á las cámaras la siguiente frase del despacho que se había enviado á Benedetti el 12 de julio á las doce de la noche: «Diga usted al rey que no tenemos segundas intenciones, que no buscamos un pretexto para la guerra, y que solo deseamos dar solución honrosa á una dificultad de que no somos autores.» El rey, decían los ministros, había aprobado la renuncia del príncipe; pero se había negado á dar una promesa para el porvenir y se había reservado el derecho de proceder en todos los casos según las circunstancias. Por más que esto pareciera injusto al gobierno, no había roto las relaciones por amor á la paz y había aplazado hasta aquel momento dar á las cámaras explicaciones. Por la misma razón había sido grande el asombro del gobierno cuando supo el día antes que el rey de Prusia había hecho decir por su ayudante de servicio al embajador francés que no le recibiría más, y que el gobierno prusiano para dar á este chasco un carácter muy positivo lo había comunicado oficialmente á los gabinetes europeos. Al mismo tiempo, se había sabido que el barón de Werther había recibido orden de partir con licencia y que en Prusia se estaban haciendo armamentos. Hacer en estas circunstancias nuevas tentativas para conseguir un arreglo, habría sido una falta de dignidad y de prudencia. El gobierno no había omitido nada para evitar la guerra; pero impuesta á la fuerza, la sostendría, dejando á cada parte la responsabilidad que le correspondía. «Desde ayer, concluyó el ministro su declaración, hemos llamado nuestras reservas, y con vuestro apoyo tomaremos inmediatamente las disposiciones necesarias para proteger los intereses, la seguridad y el honor de la Francia.»

Esta declaración del ministerio fué recibida por la mayoría del cuerpo legislativo con grandísimo aplauso. El centro izquierdo calló, y solo la oposición expresó vivamente su indignación. Se votó la urgencia de los proyectos del gobierno

(3) Este aditamento era inexacto, pues que Bismarck declaró en la circular del 18 de julio que solo tuvo noticia confidencial de las negociaciones por una persona particular que había tomado parte en ellas.

contra unos veinte votos, sin que hubiera debate, é inmediatamente se pasó á la discusión de estos proyectos. Thiers fué el primero que prestó su palabra elocuente á los sentimientos de la minoría, diciendo que la vida de millares de personas y la suerte de la patria dependían de las decisiones que querían tomarse, y era obligación de la cámara oír á todo ciudadano que no estuviese convencido, aunque solo fuese uno y el más humilde; pues la exigencia principal de la Francia estaba cumplida y solo se trataba de una cuestión de forma por la cual se querían derramar ríos de sangre. «Yo pido aquí ante el país que se nos dé conocimiento de los despachos que han originado esta declaración... que es una declaración de guerra... Yo creo esta guerra en alto grado imprudente. Nadie ha sentido con más dolor que yo los sucesos de 1866 y nadie desea tan vivamente como yo poderlos deshacer; pero encuentro la ocasión más infortunadamente escogida.» La derecha, que se iba impacientando, trató al orador de partidario servil del extranjero, lo que hizo decir á Thiers: «Podeis insultarme, maltratarme, estoy dispuesto á todo para defender la sangre de mis compatriotas... No me da cuidado mi buen nombre; pero vendrán días que os harán arrepentir de vuestra precipitación.»

Ollivier repitió que el ministerio no había buscado la guerra, pero que no podía aceptarse el ultraje, que consistía en haber anunciado Bismarck á los gabinetes que el rey se negaba á recibir al embajador de Francia. Entonces Julio Favre y Gambetta, apoyados por la izquierda, pidieron con gran impaciencia que se leyera este despacho, y Ollivier leyó las comunicaciones enviadas por los embajadores franceses de Berna y de Munich, diciendo como conclusión: «¿Podíamos nosotros aguantar esto? Sí, hoy empieza para mis colegas y para mí una gran responsabilidad. (Voces en la izquierda: ¡Naturalmente!) Nos encargamos de esta responsabilidad con ligero corazón.» A estas palabras se levantó la izquierda como empujada por un resorte; Ollivier comprendió que se había servido de una expresión mal escogida, y queriendo rectificar, dijo que se refería á la tranquilidad de la conciencia, que de nada acusaba á los ministros. Mientras vivió Ollivier quedó adherido á su nombre esta frase de *corazón ligero*, frase que era la confesión involuntaria de la ligereza petulante que atrajo á la Francia las desgracias que la esperaban. En el curso de la sesión leyó también Ollivier el telegrama de Benedetti que comunicaba la declaración del rey aprobando la renuncia del príncipe Leopoldo, lo cual produjo una nueva tempestad. Thiers, Arago y Grevy gritaron al ministro: «Si ahora usted emprende la guerra, diga usted que la quiere á toda costa. Toda la Europa nos atribuirá la culpa. No hay ni la más pequeña apariencia de que la Prusia renueve esta candidatura.» La derecha contestó con igual violencia y gritó á Thiers: «Usted mancha sus canas; se necesitarían muchos batallones prusianos para causar á la Francia el daño que usted le causa.» Gramont, que entretanto había llegado del senado, pintó otra vez con colores exagerados el ultraje que se había hecho á la Francia, y dijo: «Si se hiciera lo que es imposible, y se encontrara una cámara que soportara esto, no continuaría yo cinco minutos en mi cargo de ministro.» No obstante, el ánimo de los diputados empezó á oscilar, y en los centros se confesó que los despachos leídos por Ollivier eran relaciones de agentes franceses que referían un pretendido ultraje prusiano, pero no citaban el documento que contuviera este ultraje. También se levantó Buffet para pedir la presentación de los documentos como cosa indispensable; pero la mayoría permaneció fiel al ministerio y rechazó por ciento cincuenta y nueve votos contra ochenta y cuatro la presentación de los despachos. Se suspendió después la sesión hasta las seis de la tarde y se encargó el exámen de

los proyectos del gobierno á una comisión, de la cual fueron nombrados el duque de Albufera en calidad de presidente y además los condes Keratry y Lagrange, el marqués de Talhouet, Dreolle, Pinard y otros tres diputados. Se decidió invitar á Ollivier, Gramont y Leboeuf á tomar parte en la discusión; pero la comisión tampoco se ocupó de examinar minuciosamente la situación. Parecía que los ministros solo se cuidaban de aumentar la excitación febril de la mayoría; Leboeuf aseguró que llevaba de ocho á diez días de ventaja al enemigo, y que estaba perfectamente preparado para la guerra, sin que faltara al soldado ni un botón de polainas. Gramont eludió la contestación á la pregunta de si el gobierno había contraído alianzas diciendo solamente que había hecho esperar un poco á la comisión porque había recibido la visita del embajador austriaco y del italiano, y que esperaba que la comisión se contentaría con esta respuesta. Un ministro que se servía de contestaciones tan ambiguas, era seguramente también capaz de extraviar de intento á la comisión con la comunicación de sus documentos. Así el informe del marqués de Talhouet contenía el error manifiesto de que el gobierno en todo el curso de las negociaciones se había propuesto siempre el mismo objeto, en prueba de lo cual citó un pasaje del telegrama de Gramont dirigido á Benedetti el día 12, diciendo que éste había sido el primer despacho que el embajador había recibido en Ems, y que en este primer despacho se había pedido ya la promesa del rey de Prusia para el porvenir. No puede probarse si este error se debe atribuir solo á una noticia irreflexiva ó si fué debido á un engaño intencionado de Gramont. Gramont, por supuesto, ha rechazado después con indignación este cargo que se le hizo, pero Talhouet no tuvo que defenderse de la acusación de haber faltado á la verdad á sabiendas (1).

Hacia las diez de la noche volvió á reunirse la cámara para oír el dictamen de la comisión. Gambetta volvió á pedir la comunicación del despacho prusiano, diciendo: «Vais á precipitar á la Francia en una guerra que durará quizás hasta el fin del siglo XIX y que podrá tener por resultado la preponderancia del pueblo alemán ó del francés, y os negais á presentar con claridad el origen de esta empresa gigantesca. Privais á la Francia y á la Europa de los medios de saber si la Francia ha sido ó no ultrajada positivamente.» En esto gritaron los miembros de la comisión, acallando la voz del orador, que ellos ya conocían aquel documento, que lo habían leído, y Ollivier dijo con desprecio que se asombraba de lo difícil que era hacer comprender á cierto partido un punto de honor. La mayoría ahogó toda discusión ulterior y por 245 votos contra 10 (cinco diputados se abstuvieron de votar) fueron concedidos los 50 millones que se pedían. Gambetta y Thiers votaron al final con la mayoría; pero Julio Favre, Grevy, Pelletan y Arago se mantuvieron firmes y negaron su voto. Contra los otros tres proyectos del gobierno votó únicamente Glais-Bizoin.

En el senado se discutió la declaración de guerra sin incidentes. Cuando Gramont hubo leído la comunicación del gobierno y se hubieron calmado un poco las manifestaciones de entusiasmo y de aplauso, levantó Rouher la sesión «en testimonio de las simpatías ardientes del senado en favor de las resoluciones del emperador,» diciendo que á la sazón tocaba cumplir su deber á la espada de la Francia. También se aplazó para el día siguiente la sesión de la comisión en la cual debían examinarse los proyectos de ley del gobierno. En esta sesión anunció Gramont que según un despacho de Thionville habían pasado tropas prusianas la frontera cerca

(1) Gramont, págs. 264 y siguientes; Martin, tomo VII, pág. 74; Delord, tomo VI, pág. 193.

de Sierck, y aunque la noticia no era oficial, la aprovechó Rouher en su comunicacion, diciendo: «Verdad ó no, siempre prueba este parte que ha pasado el tiempo de las discusiones.» El senado confirmó este modo de ver aceptando sin debate los proyectos presentados y pasando luego en corporacion á Saint-Cloud para presentar al emperador la expresion de su sumision y lealtad. Rouher dirigiéndose al soberano dijo: «Las garantías que tuvimos que exigir, nos han sido negadas; la dignidad de la Francia ha sido despreciada; V. M. desenvaina la espada, y la patria, temblando de indignacion y de orgullo, se pone al lado de V. M. Mas tarde ó mas temprano, una ambicion sobrecitada por un día de suerte habia de permitirse extralimitaciones. El emperador, resistiendo toda impaciencia irreflexiva, ha sabido esperar; pero desde cuatro años ha perfeccionado el armamento de nuestros soldados hasta el último grado y ha desarrollado nuestra fuerza militar hasta donde ha sido posible. Gracias á la prevision de V. M., la Francia se halla enteramente apercebida y demuestra con su entusiasmo que está decidida como V. M. á no tolerar empresas temerarias.»

Faltaba todavía probar que el país estaba tan entusiasmado y resuelto como decia Rouher. En Paris y en todas las grandes ciudades hubo manifestaciones apasionadas del espíritu guerrero y del odio á los alemanes; la embajada de Prusia en la capital y los consulados en las ciudades de provincias se hallaban rodeados por grandes masas; en la prensa, en las reuniones, en las vías públicas y en el teatro no faltaban explosiones de patriotismo y de ilusiones de triunfo y de victoria; pero las relaciones de los prefectos presentaban las cosas de otra manera (1). Solo pudieron anunciar de 16 departamentos que el espíritu de la poblacion era favorable á la guerra; de 37 departamentos decian que la poblacion estaba indecisa, y nada menos que en 34 departamentos los habitantes aceptaban la guerra con sentimiento. Claro es que entonces era demasiado arriesgado mostrar sentimientos contrarios á las ruidosas manifestaciones de los bulevares y á las retóricas de las cámaras; por esto la Francia presentó un espectáculo de la opinion pública tal como lo queria la prensa de Paris, que llegó adonde era posible en materia de fanfarronadas y mentiras.

El emperador debió de considerar útil ó necesaria esta sobrecitacion artificial de la opinion; pero seguramente no participó de las esperanzas extremadas de una guerra de seis semanas ó de «un paseo á Berlin.» Miraba el porvenir con seriedad y hasta con temor. Su salud se hallaba entonces otra vez muy delicada y el día en que se supo la candidatura del príncipe de Hohenzollern, es decir, el 3 de julio, habia tenido efecto una consulta de médicos que presentaban como necesaria una operacion. Solo sufriendo grandes dolores podia sostenerse Napoleon durante horas á caballo, y la campaña que le esperaba le prometia horas y días de padecimientos. También debia de conocer que el mal estado de su salud perjudicaba á su claro entendimiento y á su fuerza de voluntad, porque en los últimos días se le habian arrancado mas de una vez resoluciones que en otros tiempos habria meditado con mas detenimiento. Ninguna influencia fué tan funesta como la de la emperatriz, que dijo en presencia de Lessourd, cuando éste habia vuelto á Paris: «Esta guerra es obra mía.» (*C'est ma guerre à moi!*)

(1) Martin, tomo VII, pág. 77. En cambio asegura Boulanger, *L'invasion allemande*, pág. 14, que según los informes de los prefectos que él habia visto, la mayoría del pueblo habia recibido bien la declaracion de guerra. Su testimonio acaso no merecería ser mencionado si los autores republicanos en su deseo de descargar toda la culpa sobre el bonapartismo, no hubiesen hecho constar la indecision de mucha parte del pueblo francés por poco que se hablara de una solucion pacífica.

En mi concepto hay que absolver al emperador de la acusacion de haber querido y buscado á propósito la guerra desde el principio del conflicto. De la exposicion de los sucesos que precede se infiere que el emperador titubeó hasta lo último y que todo su propósito se dirigia solamente á obtener un triunfo diplomático ruidoso sobre la Prusia. No obstante, aun así fué grande su culpa, porque para obtener este triunfo jugó desde un principio sin escrúpulo con amenazas belicosas. Ollivier aun menos que el emperador deseó la guerra, y toda su ambicion consistió en conseguir el deseado triunfo diplomático ruidoso; pero su principal objeto era consolidar la posicion del ministerio liberal, deseando seguramente cambiar de direccion en el momento oportuno, por cuya razon fué perfectamente sincera su alegría cuando el príncipe de Hohenzollern le facilitó con su renuncia este cambio. Los que verdaderamente excitaban á la guerra eran los reaccionarios, los adversarios del ministerio del 2 de enero, que no quisieron dejar escapar ocasion tan favorable para ser llamados al gobierno, aunque fuese á costa de una guerra, y que esperaban el restablecimiento del cesarismo verdadero como consecuencia del triunfo en esta guerra. Gramont se acercó indudablemente mucho á este partido, aunque mas que la política interior del imperio le interesaba restablecer la preponderancia de la Francia en la política europea. También correspondió una gran parte de la responsabilidad á la misma nacion francesa; porque además de que todo francés deseaba extender las fronteras de su país hasta el Rhin, la excitabilidad del carácter francés contribuyó á facilitar al partido de la guerra aquella embriaguez de la opinion pública que hizo inútiles todas las reflexiones de las pocas personas juiciosas.

Una vez que los acontecimientos del 15 de julio hicieron ineludible la guerra, se aumentaron mucho mas las manifestaciones ruidosas favorecidas por el gobierno. Turbas numerosas que llenaban el aire con sus gritos recorrían las calles hasta la madrugada y al són de la *Marsellesa*, que entonces volvió á permitir el gobierno, amenazaron á la embajada de Prusia y las casas de Thiers y de otros amigos de la paz, y escenas análogas ocurrieron en casi todas las demás grandes ciudades. Los telegramas que publicaban las declaraciones de los ministros fueron recibidos á los gritos de: *¡A Berlin! ¡A Berlin!*; los consulados prusianos se vieron precisados á quitar sus escudos de armas, y en los teatros y salas de conciertos se tuvo que plantar la bandera francesa en el escenario á los gritos del público, que la saludó con canciones patrióticas. Los consejeros de distrito, que á la sazón se hallaban convocados para celebrar sus sesiones de costumbre inundaron al emperador con felicitaciones. La prensa de provincias rivalizó con la de Paris en profecías estupendas, pintando cómo los franceses arrojarían á los prusianos mas allá del Rhin y cómo se celebraría en Berlin la fiesta nacional napoleónica, y se correrían los linderos de la frontera hasta Coblenza y Maguncia. Las fanfarronadas iban adornadas para halagar á las masas con las exageraciones mas vulgares y groseras; se decia que los prusianos, aun antes de la declaracion de guerra, habian traspasado la frontera; que habian profanado el suelo sagrado de la Francia; que ciudades y sociedades alemanas habian suplicado al emperador que proclamara sus intenciones benévolas hácia los alemanes; se referia en términos triunfantes que los reservistas prusianos en su desesperacion, deshechos en lágrimas y lamentándose de su suerte, eran obligados á la fuerza por la gendarmería alemana á entrar en los vagones de los ferrocarriles; se decia que las tropas de Baden habian sido provistas de proyectiles explosivos; que la Baviera y el Wurtemberg se habian declarado á favor de la Francia, y que de

puro miedo habian muerto en Berlin en una semana mas de doscientas personas atacadas de diarrea. Sin preguntarse si los acontecimientos podían contradecir estas groseras mentiras, al día siguiente el ministerio y otros patriotas permitian su publicacion con tal que excitaran por lo pronto las imaginaciones, imitándose en esto las autoridades inferiores y los periódicos; por manera que á la masa de los franceses parecia la situacion tan de color de rosa, que no cupo en su mente ni la mas remota idea de vicisitudes contrarias á lo que deseaban.

La guerra fué declarada formalmente el 19 de julio por medio de un documento que Lesourd, el encargado del gobierno francés en Berlin, presentó al canciller de la confederacion. En este documento se señalaba la candidatura del príncipe Leopoldo como empresa dirigida contra la seguridad territorial de Francia; se decia que habiéndose negado el rey á dar la seguridad de que no se repetiría con su aprobacion semejante suceso y habiéndose al contrario reservado el derecho de proceder en un caso dado según las circunstancias, el gobierno imperial no podia menos de ver en esto una segunda intencion que amenazaba á la Francia y al equilibrio europeo. Se añadia que esta declaracion se habia hecho mas inevitable por haberse declarado á los gabinetes que el rey de Prusia se habia negado á recibir al embajador francés y á darle nuevas explicaciones, y que por lo mismo el gobierno francés tendria que adoptar todas las disposiciones que permitiera su situacion para la defensa de su honor y de sus intereses heridos, por lo cual se consideraba desde aquel momento en estado de guerra con la Prusia.

Entretanto habian empezado ya á presentarse amargos desengaños en el terreno diplomático para la Francia. En 16 de julio el rey de Baviera Luis II firmó en su palacio de Berg la orden de movilizacion del ejército bávaro, y al día siguiente entró en su capital en medio del mayor júbilo del pueblo de Munich y pidió á la cámara un crédito de 27 millones de florines. A pesar de la resistencia del partido de los patriotas bávaros, concedió la cámara un crédito sino de 27 millones, por lo menos de 18 millones de florines para el caso de ser inevitable la guerra, que entonces (18 de julio) no estaba declarada todavía. El llamado partido del pueblo se sometió en la cámara de Wurtemberg á la necesidad de tomar parte en la lucha acudillado por la Prusia. En Carlsruhe y Darmstadt los parlamentos, de opiniones patrióticas, concedieron lo que les pidieron los gobiernos.

Las esperanzas de que la Alemania del Mediodía se separaría del Norte para aliarse con los franceses, se desvanecieron, pues, muy pronto, y lo mismo se frustraron las que se fundaban en el espíritu de los pueblos en las provincias recientemente anexionadas á la Prusia; antes bien toda la Alemania ofreció un cuadro de levantamiento nacional patriótico y de decision enteramente unánime como no se habia visto ni en 1813.

El pueblo alemán habia recibido con la mayor calma todas las noticias de la candidatura del príncipe de Hohenzollern, de la protesta del gobierno francés y de las bravatas de los patriotas de Paris; y ni siquiera habia juzgado posible que esto pudiese dar origen á una guerra, tanto que en Paris se oían quejas de que los ecos del Rhin continuaban mudos. Al fin, sin embargo, hubo de convencerse la opinion pública de que la situacion era mas grave de lo que parecia, y en seguida se creyó por todos necesario recoger el guante arrojado con toda ligereza por la Francia, y hasta se oyeron quejas de la longanimidad del rey respecto del embajador francés. Así cuando el despacho de Ems anunció la ruptura de las negociaciones, el público alemán respiró como aliviado de un peso. También en Alemania se creyó erróneamente

que Benedetti habia ofendido al rey con su impertinencia y que el soberano habia tenido que despedir al diplomático francés. Este error no hizo mas que aumentar el entusiasmo de los alemanes por el rey, que fué saludado en su viaje á Berlin en todas las estaciones con gran júbilo y mas todavía en Berlin. Bismarck salió con el príncipe real á recibir al rey hasta Brandeburgo, y en este trecho se discutió la necesidad de movilizar el ejército; mas el rey no la aprobó todavía. Solo cuando Bismarck recibió en la estacion de Berlin el telegrama que transcribia el discurso de Ollivier del día 15, y lo leyó al soberano, quedó éste súbitamente decidido, y el príncipe heredero comunicó esta decision á los oficiales reunidos en el andén diciendo solamente: «¡Guerra! ¡movilizacion! (1).»

El parlamento fué convocado para el 19 del mismo mes, y el discurso del trono por lo pronto solo habló de amenaza y de peligro de guerra, pero añadió esta declaracion explícita: «Si la Alemania ha soportado en otros siglos el desprecio de su derecho y de su honor, ha sido porque en el estado de division en que se hallaba no conocia su fuerza. Hoy, cuando el lazo de union intelectual y de derecho une á los pueblos alemanes cada vez mas y mas sólidamente; hoy cuando la armadura de Alemania no ofrece ya al enemigo ningun punto vulnerable, la Alemania siente en sí misma la voluntad y la fuerza de rechazar las nuevas iniquidades francesas.»

Inmediatamente despues de la sesion de apertura recibíó Bismarck la declaracion de guerra que comunicó á las dos y media al parlamento. Una declaracion de lealtad de todos los partidos fué votada al día siguiente por unanimidad, y con la misma unanimidad, exceptuando los demócratas Bebel y Liebknecht, se concedió el empréstito de 120 millones de talers. Despues de aceptar algunas leyes de menor importancia, entre ellas una que prolongaba el cargo de diputado hasta el 31 de diciembre, se cerró el parlamento el 21 de julio, habiendo aprobado en veintiocho horas y en seis sesiones todos los proyectos presentados.

En la opinion pública de Europa también perdió la Francia muy pronto las simpatías. En general se encontró muy justo que la Francia quisiera hacer imposible la candidatura del Hohenzollern, y la prensa inglesa habia calificado al principio muy duramente al príncipe de Bismarck por suponerle autor de esta «intriga;» pero desde la declaracion de Gramont del 6 de julio empezó á cambiar la opinion, y desde el día 15 cambió totalmente. Las revelaciones de Bismarck acerca de los planes de Napoleon levantaron una tempestad de indignacion contra el gobierno napoleónico. El 25 de julio publicó el *Times* el proyecto de tratado de Benedetti, que Bismarck presentó al embajador inglés en Berlin, lord Loftus, y á otros embajadores acreditados en aquella corte, á fin de que estos señores se convenciesen de que el citado tratado estaba escrito de la propia mano de Benedetti. Despues dió Bismarck en una circular del 29 de julio una relacion de diferentes proposiciones francesas de alianza que se le habian hecho desde 1862, y que el lector ya conoce por lo que hemos dicho hasta aquí. Gramont y Benedetti procuraron borrar la impresion tremenda de estas revelaciones por medio de escritos en que se pretendian explicar los sucesos; pero sus explicaciones artificiosas ni siquiera en Francia encontraron fe, y el gabinete inglés, para garantizar la independencia de Bélgica, según le obligaban los tratados de 1839, se decidió á proponer á las potencias beligerantes un convenio según el cual la Inglaterra se obligaba á rechazar con las armas á la potencia que amenazara la

(1) Véase el informe de Bismarck del 23 de setiembre de 1888.